



## ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales de clientes de SamSara- *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

### A POR ELLA

---

**JOSÉ:** Todo comenzó cuando me planteé que tenía que ampliar el campo de visión, probar nuevas opciones, estudiar otras posibilidades para conocer a gente nueva. No es que quisiera conocer a alguien en concreto, es que necesitaba encontrar otras caras, gente con otro aspecto y no las mujeres que se conocen habitualmente. Porque no te vayas a pensar que en los seis años que siguieron a mi separación estuve con los brazos cruzados, ¿eh?, no te creas. Ya no sabía por dónde moverme.

Había tenido dos relaciones que duraron lo que tenían que durar. Porque, en fin, conoces a una persona que te gusta, tú le gustas a ella, pero las cosas no funcionan y ya está. No hay que buscar culpables.

Y continué en mi búsqueda. Me dije: “Vale, ya te conoces todas las discotecas y ya te han echado de todas ellas. ¿Qué más hay?” Cenas de amigos. Sí. Eso también lo probé. Creo que no me quedó ninguna donde presentarme. Y al final coincides también con la misma gente, que, al igual que tú, van probando a ver si conocen a gente nueva. Pero no. Nos encontrábamos los mismos en cada cena.

En fin, que por más que intentaba ensanchar mi círculo, no conseguía romper la rutina. Todo el mundo parecía igual, todos pensábamos del mismo modo. Y me dije: “Bueno, vale, ya tienes amigos en todas partes, ha estado muy bien, ha sido muy divertido y muy interesante, pero esto también se ha agotado”. Y entonces contacté con la agencia.

Yo no lo vi en el periódico, ni nadie me habló de ello. Creo que fue una especie de inspiración. Pero también hay que ir con cuidado y saber dónde te metes, porque en alguna te dicen que tienen un fichero de gente impresionante y, en realidad, sólo cuentan con un par de clientes.

Recuerdo una en la que la directora me dijo:

— Uy, me has encontrado a mí y has encontrado la felicidad, porque yo tengo la mujer de tu vida.

Y le contesté:

— Bueno, pues téngala preparada para mañana, porque vendré a buscarla.

Hay que ser precavido. En una agencia sería toman tus datos y te envían fichas de personas afines a ti, para que contactes con ellas. Si en ese momento no disponen de

nadie que reúna más o menos las características que tú demandas, te lo van a decir. Es cuestión de honestidad.

**FLOREN:** Yo no lo recuerdo muy bien. Creo que hacía unos cinco años o así que me había separado. A mí me gusta mucho salir. Me gusta el deporte, bailar, esquiar... Pero tenía que hacerme con un grupo de gente diferente para cada una de estas cosas, porque no todo el mundo coincide. Lo que yo quería era encontrar a personas que les sucediera lo que a mí, que les gustara hacer de todo, y también me di cuenta, como le pasó a él, que el círculo quedaba muy restringido.

Al poco de separarme me había apuntado en un sitio que se llamaba “El club de la amistad” o algo parecido. Tuve la suerte de hacer migas con una chica que aún hoy es amiga mía, la única. Y con ella salí bastante. Pero nada más. No encontré pareja.

Y el resto, bueno, me pasó un poco lo que a José. Una amiga y yo pensamos que tendríamos que hacer algo diferente para, no sé, conocer gente. Porque, sí, conoces gente, pero cada uno en su campo, ¿entiendes?, y no una persona o varias con las que hacer diferentes cosas. Y se nos ocurrió la idea cuando nos lo dijo una amiga.

A mí no me hacía mucha gracia, pero luego me di cuenta de que no era algo tan distinto de lo que ya había hecho anteriormente. Vas conociendo gente y, si la persona te cae bien, pues vale, y, si no, pues has conocido a una persona y punto. Nadie te impone una pareja.

**JOSÉ:** Para mí, una de las ventajas que tenemos Floren y yo es el hecho de que ambos tengamos hijos. Los suyos son dos varones de 21 y 26 años; yo tengo una chica de 18 y un chico de 21. Y me parece que no hemos tenido problemas con ellos porque los dos sabemos lo que eso supone, los inconvenientes que hay y lo mucho que has de tolerar.

Conozco experiencias de gente que han llegado solteros a los cuarenta y pico y que han comenzado a salir con una mujer con niños. Esas relaciones han fracasado porque ellos no comprenden que los hijos van en el mismo paquete que la madre. Esos hombres han de comprender que establecen una relación con una mujer que, además, tiene hijos. No entienden lo que es el sentir de una madre o la educación de los críos, y no soportan una serie de situaciones que se crean. Y fracasan.

Mi ex mujer ha pasado por dos convivencias de ese tipo. En ambos casos estos señores no tenían hijos y ninguna de las dos relaciones llegaron al año. Por eso creo que es estupendo que los dos tengamos chicos.

**FLOREN:** Pero no te creas, ¿eh?, que yo tenía mis dudas. Es verdad que al principio no tuvimos problemas. Además, mi hijo mayor estuvo más de un año viviendo en Inglaterra para acabar sus estudios. Después, cuando volvió, pasó tres meses en casa y se fue a vivir con su novia.

Pero con el pequeño, ¡buf!, ya le dimos vueltas, ya, para empezar a vivir. Porque, claro, ellos habían estado solos conmigo durante siete u ocho años, sin nadie más, y me tenían acaparada completamente. Toda mi atención era para ellos. Y yo pensaba: ay, a ver qué pasa. Pero no, no. Sólo al principio, un poquito de roce. Vaya, lo normal, de

marcar limitaciones de territorio, de saber cómo tenemos que comportarnos... Pero creo que rápidamente se pusieron las cosas en su sitio. No, no; no tenemos problemas.

**JOSÉ:** Es que todos deberíamos estar educados en este tipo de cosas. Porque no tiene sentido que me vaya a vivir con una persona de la que me he enamorado y que no piense en lo que va a pasar. Has de tener en cuenta que tu mujer tiene esos hijos y que no es lo mismo que si te hubieras casado cuando eras joven. Si uno quiere convivir con alguien a determinadas edades, ha de estar preparado y pensar que lo más normal es que te encuentres con una mujer que tiene hijos. No puedes meterte allí a ver qué pasa. Porque es una aventura, sí, pero hay que tener un mínimo de preparación. Si no, no sabrás resolver los problemas cuando surjan. Ninguna relación es un campo de rosas, y las parejas que más duran son las que saben enfrentarse a esos problemas, y no se dejan de hablar o rompen a la mínima, porque, entonces, constantemente estaríamos cambiando de pareja.

**FLOREN:** José fue el primero con quien quedé cuando me apunté en la agencia. Y, mira, ya no hicieron falta más presentaciones.

**JOSÉ:** Yo no. Yo conocí a otras mujeres antes que a ella. Lo que pasa es que las cosas ocurren cuando tienen que ocurrir, cuando uno está preparado. Es cuestión del destino, supongo. El caso es que conocí a Floren, hubo buen rollo, buena comunicación, hablábamos el mismo idioma, e imagino que el entorno también era propicio. Y, mira, sin querer te vas metiendo en una situación en la que te quieres quedar, porque estás a gusto. Hasta que llega un día en el que dices:

— Oye, ya llevamos dos años haciendo el tonto, ¿no? Ya nos hemos demostrado que nos peleamos y que, además, sabemos solucionar el problema de los hijos, ¿no? Y ese es el barómetro que muestra que uno ya está listo para dar el paso siguiente.

**FLOREN:** Pero es una aventura, ¿eh? Yo lo reconozco. Porque, cuando te acostumbras a vivir sola, hay que tener narices. No se trata de algo que puedas decir: “Hala, nos ponemos a vivir juntos, y ya está”. Aunque nosotros no lo hicimos de la noche a la mañana, que tardamos un tiempo. Y, aun así, no creas que yo lo tenía muy claro. Pero, bueno, llega un momento en que hay que atreverse.

**JOSÉ:** Yo solía quedar con todas las de las fichas que me enviaban de la agencia. A veces llamaba yo y, otras, me llamaban ellas. Creo recordar que hubo un caso en que ya por teléfono no simpatizamos nada y no nos vimos. Pero yo confiaba en la agencia como filtro, en que las personas de las fichas que llegaban a casa tenían cierta entidad. De todos modos, tienes que tener claro que el que la cosa funcione no es responsabilidad de la agencia. Sólo faltaría, entonces esto sería Lourdes. No, las cosas no van así, a la primera.

Ellos tienen los datos de lo que tú deseas y necesitas. O de lo que tú crees que necesitas, porque ellos, desde fuera, ven que podrías encajar con alguien diferente de lo que tú pensabas. Y luego tiene que saltar la chispa.

**FLOREN:** Sí, claro que tiene que haber química; pero también algo más, para que esto se convierta en algo consistente. Me parece que, desde que nosotros nos conocimos, nos vimos cada día. Él había tenido otras relaciones. Yo no. Yo no había

salido con una persona durante tanto tiempo como el que llevo con José. Quiero decir que conocía a alguien, íbamos en grupo, y después veía que no encajaba.

En cambio con él, no. Fue conocerle y empezar a salir. Y la cosa se fue poniendo cada vez más seria. Bueno, en realidad, fue seria ya de entrada. Me asusté un poco, porque igual iba muy deprisa. Dije: “Bueno, qué pasa aquí”.

**JOSÉ:** Es que yo sabía lo que quería y cómo tenía que ser, me sentía seguro de que quería convivir y dejarme de tonterías. Estaba en esa fase cuando apareció Floren, y dije: “Pues a por ella, a matar”. Y ella, pobrecita, reaccionó en plan: “Ay, que se me llevan”. Pues sí, hija, sí, se te llevan. Y qué pasa, pues tú aquí, que yo ya sé lo que vale un peine.

Y ella:

— Es que no quiero que corras tanto.

Y yo:

— Es que tú no tienes que correr, tú tienes que seguir por mi calle.

Y ahora llevamos un año y medio viviendo juntos. Y bien, nosotros nos llevamos bien.

**FLOREN:** Bueno, nos peleamos mucho, que creo que es algo bueno. Yo digo que cuando en una relación no hay peleas es que no se dicen lo que piensan, porque es imposible que dos personas coincidan en todo. A mí, esos que dicen que no se pelean nunca no me dan envidia. Tragándotelo todo es muy fácil estar bien. No, no. Eso no me va. Yo soy muy peleona porque me gusta aclararlo todo. Creo que es lo mejor. Cuanto más transparente es la convivencia, mejor.

Además, eso de ir dejando pasar problemas es lo que ocurrió en mi primer matrimonio, que no había manera de dialogar. Mi ex marido era de esos con los que nunca pasaba nada, todo iba bien: “Déjalo correr”, “Esto no hace falta hablarlo”, “Para qué vamos a discutir”. Y es terrible, porque al final salta todo, cuando, en realidad, ya no tiene ningún sentido.

Pienso que es lo más importante en una relación: el diálogo. Pero no sólo para explicar, sino para escuchar la opinión del otro. Lo he hecho siempre. Con amigos, con los hijos, con todo el mundo.

**JOSÉ:** Sí, pero es que a ella le viene de gusto dialogar a la una de la mañana. Y yo me levanto a las siete. Nos vamos a dormir y le da por dialogar. A esa hora, precisamente. Como se levanta más tarde que yo... ¿Por qué no le dará por dialogar cuando yo me levanto? Ah, no, porque a esa hora quiere dormir ella. Conclusión, que dices:

— Mira, ¿sabes qué? Que nos vamos a cenar esta noche y lo que tengamos que hablar lo hablamos, y ya está.

**FLOREN:** Luego está lo normal de la convivencia, pero a tres bandas. Puede que algún día a mi hijo le sienta mal algo y se aclara, porque él es como yo. Además, a la que me descuido, han tomado parte los dos en contra mío.

Al principio se rebotaba un poco. Estaba acostumbrado a tener a su mamá sólo para él, y a ser el dueño y señor de la casa, ya que se había marchado su hermano. Por eso se puso en plan de que “éste que ha entrado aquí qué se ha creído”. Así que los senté a la mesa y les dije que había que arreglarlo, que había cosas en las que uno tenía razón y otro no, que nos teníamos que poner de acuerdo para que nadie saliera perjudicado. Y creo que fue mejor así, sin que yo tomara parte, sino dejando que ellos lo discutieran. A veces se pelean y yo no entro, como si no oyera nada.

**JOSÉ:** El caso es que, fíjate, las peleas son delante de ella; nunca cuando ella no está.

**FLOREN:** Pero yo no participo. Me callo. Que es difícil, ¿eh? Y ellos dos lo arreglan y se piden disculpas, los disgustos no duran. Sé que, si me metiera, habría problemas graves de verdad.

**JOSÉ:** De todos modos, y volviendo al principio de la conversación, creo que lo principal es estar preparado para la convivencia. Y para emparejarte. Porque hay gente que dice: “Es que yo quiero conocer a la mujer de mi vida”, pero, ¿realmente está preparado para ello? Algunos tienen un retrato robot de lo que quieren y, si ya no se ajusta a eso, pues nada.

Cuando yo tenía una cita a ciegas, siempre decía que era gordo, bajito, feo y con bigote, y que, además, me olían los pies; pero que tenía un corazón grande con muchas ganas de amar, tú, que cuando me viera se iba a quedar impresionada. Y ella debía de pensar: ¡Y tanto que me quedaré impresionada! Vaya petardo de tío.

**FLOREN:** Sí, pero en las fichas ponen datos sobre el físico. O sea, que no colaba.

**JOSÉ:** Bueno, pero era una forma de romper ese posible estereotipo que pueda tener quien quiere un hombre alto, guapo, rubio, y tal. No nos engañemos. Somos como somos y, o hay feeling o no. A partir de ahí, ya se verá.

**FLOREN:** Es que si vas con una idea preconcebida de cómo quieres a la persona, no la encuentras nunca. Porque no existe. O, quizá, es que tienes miedo y es una manera de poner barreras. Sobre todo, cuando se trata de ideal físico. Eso es importante en el primer contacto, pero no te puede condicionar. Hay gente muy alta, muy guapa y con ojos muy azules, pero nada más. A mí me ha pasado. Vas a una discoteca y ves un tío que dices: “Jo, qué pasada”. Y, luego, se te acerca, te habla y te mueres. Vamos que dices: “Vale. Adiós”.

Creo que tiene que haber un físico que te llame la atención, pero apoyado por un carácter que te guste, que te compense. Hombre, claro, si me preguntas, pues también te diré cómo me gustan los hombres.

**JOSÉ:** Sí, como el Sandokan de la India, ¿no?

**FLOREN:** Ay, sí, como él.

**JOSÉ:** Es que estuvimos en la India el año pasado y, verás, los hombres allí son bastante feos. Pero había uno que destacaba y dominaba sobre el resto. Ella llevaba la cámara y me di cuenta de que disimulaba, que hacía como si fotografiara el templo, pero

que era a él a quien intentaba sacar fotos. Y él, que se daba cuenta, pasaba junto a ella y le sonreía.

Al final le dije:

— Qué, ¿has fotografiado bien a Sandokan?

Y me dice:

— Ay, ¿cómo lo sabes?

— Pues, porque soy idiota, hija mía, no me he enterado de nada.

Y, encima, no se percató de las sonrisas que el otro le lanzaba. De eso no se enteró, iba tan ciega.

**FLOREN:** Bueno, es que era un monumento. Era el único indio guapo que había en aquel

templo. Pero guapo, ¿eh?, guapo de película. Y, al final, no salieron las fotos.

**JOSÉ:** La primera vez que llamé a Floren, hablamos de cocina. Estaba haciendo una tortilla de patatas y le pregunté sobre el asunto, si tenía que batir antes el huevo o qué sé yo. Cualquier cosa sirve para comenzar una conversación.

**FLOREN:** Y quedamos para cenar.

**JOSÉ:** ¡Ahora me acuerdo! De aquella, con la que no simpatizaba. Es que, para hablar con ella, ¡Madre de Dios!, era difícil. Si ya por teléfono no hay una conversación fluida, te aburres. Porque yo puedo hablar mucho, pero si no obtengo respuesta y todo lo tengo que decir yo...

**FLOREN:** En cambio, nosotros, la primera vez que quedamos, no parábamos de hablar, contándonos la vida. Y muy bien. Casi sin darnos cuenta se nos había pasado la noche y quedamos en que nos volveríamos a llamar. Él entendía lo que me había pasado. Le expliqué mi vida y él a mí la suya. Y cuando me di cuenta, había pasado yo qué sé cuántas horas hablando con él.

**JOSÉ:** No, no, pero, ahora, comenta. Comenta tu capítulo de que te engañé.

**FLOREN:** Me engañó.

**JOSÉ:** O sea, yo la he timado. Ella es una mujer timada.

**FLOREN:** Sí. Porque me dijo que le gustaba bailar y es mentira. Para sacarlo a bailar, no veas el trabajo que tengo.

**JOSÉ:** Un año. Un año seguido, cada viernes, a bailes de salón. Ahora te bailo el tango, el folls-trop y lo que haga falta.

**FLOREN:** Porque me lo he montado bien. Pero me ha costado muchísimo.

**JOSÉ:** Con unas varices que me han salido de pasarme aquí, trece horas trabajando en el bar, y me voy luego los viernes a bailar.

**FLOREN:** También me dijo que le gustaba el deporte. Y es verdad que le gusta, pero verlo desde el sofá.

**JOSÉ:** Pero si voy a jugar al tenis con ella. Y le gano.

**FLOREN:** Me estafa, me estafa. ¿Sabes qué pasa? Que me lo pintó todo muy bonito y muy fácil.

**JOSÉ:** Y es verdad. Pero las cosas se hacen con calma. No podemos hacer deporte cada día, ni ir al baile cada día, noooo.

**FLOREN:** Mira. Una de las veces, como veía que me gustaba el deporte, me dijo:

— Te reto a jugar a squash.

Digo:

— Bueno.

Le gané. No veas qué paliza le pegué. Y cómo se puso.

**JOSÉ:** Ahora no me ganarías, ¿eh?

**FLOREN:** Pero no hay forma. No hay forma. A mí me gusta hacer gimnasia y él nada. Lo apunté en mi club a ver si venía, si lo arrastraba, pero nada. ¿Eso es una estafa, o no?

**JOSÉ:** No, si a mí me gusta. Pero con paciencia.

**FLOREN:** Me dijo que le gustaba esquiar. Lo llevé un fin de semana. Y, vamos, no ha vuelto más.

**JOSÉ:** Hombre, claro. Me dieron unos patines que no estaban engrasados y un mono que era más pequeño que yo. Se me rompió por aquí. Yo sujetándome el mono e intentando coger los palos y seguirla a ella. Imposible.

**FLOREN:** Lo malo es que yo ya no he vuelto a esquiar.

**JOSÉ:** Pero no cuentas lo del aeropuerto.

**FLOREN:** Va. Cuéntalo.

**JOSÉ:** ¿Quieres que lo cuente?

**FLOREN:** Sí, va.

Nos conocimos a finales de junio. El 26. Y yo ya tenía contratado un viaje a Tailandia, para irme con mi sobrina. Estuvimos saliendo, pero yo me iba el 30 o 31 de julio. Ya tenía el viaje pagado. El último día, antes de marcharme, le presenté a mis hijos, de modo informal. Le invité a tomar café en casa. Y me fui a Tailandia.

Bueno, ahora que explique él la historia.

**JOSÉ:** Pues nada.

Yo me quedé aquí, trabajando y muy enamorado. Ella se marchaba a finales de julio y regresaba el 16 de agosto. Era mucho tiempo sin verla. Y pensé, esto no puede ser, algo tengo que hacer.

Yo también tenía mis dos semanas de vacaciones. Pero, cuando ella volviera ya habría transcurrido una. Me quedaría por pasar otra a su vuelta. Y comencé a darle vueltas: ¿Y si ha ligado en Tailandia?

Es que apenas nos conocíamos. Y me monté un montón de historias: ¿Y si yo no era más que uno de esos amores de verano, que pasan? ¿Y si me quedaba esperando como un tonto, sin mis vacaciones, para no verla nunca más?

Mi primera idea fue irme al Senegal. Pero, si me iba, a mi regreso habrían pasado tres días de su vuelta, porque yo habría llegado el 19 de agosto. No podía soportar tanto tiempo.

Entonces se me ocurrió otra cosa: pasaría mi primera semana de vacaciones en Alemania y coincidiría con ella en Frankfurt, donde hacía escala a su vuelta de Tailandia. ¿Qué ella había encontrado un ligue por allí? Bueno, al menos no me habría quedado aquí, llorando, esperando su llegada.

Y sí, sí. En cuanto se me ocurrió, llamé a información de Iberia. Eran las 12 de la noche. Les dije:

— Miren, quiero una reserva en el avión de Frankfurt a Barcelona para el día 16.

Y me dijeron:

— Es que hay cinco.

— Oiga, ¿y que vengan de Tailandia? ¿Cuántos hay?

— Ese día llegan tres de Tailandia.

¿Y ahora cómo hago?, pensé. Sólo tenía una opción: averiguar el número de vuelo en que ella volvía. Total, que lo tenía mal, porque no sabía su apellido, no sabía por qué agencia hacía el viaje, no sabía si lo de la sobrina era verdad. Porque me podría haber dicho que se iba con la sobrina y, en realidad, se largaba con otro maromo. Quizá, en un mes no había contado todas las verdades. En principio, supones que va con buena fe, pero a uno le han pegado ya tantos palos, que piensas en todas las posibilidades.

Total, que lo único que sabía era su nombre y el teléfono de su casa. Pues, ya que había conocido a sus hijos, les llamé al día siguiente, a las nueve de la mañana, cuando estaba seguro de que los pillaría. Y dije:

— Oye, que soy José, ¿te acuerdas? Quería saber el apellido de tu madre y por qué agencia viaja.

Me dijo que se apellidaba Ballester, y que de la agencia no tenía el teléfono, pero me dio el nombre. Era una agencia pequeña, de viajes de aventura, casi desconocida. Pregunté en información, pero no salía.

Me fui a una agencia que tengo en frente de casa y me atendió una chica que me conocía. Le conté el problema y ella averiguó el número de la agencia. Y llamé:



— Oye, mira, que soy un pariente de Floren Ballester. ¿Verdad que ella llega a Frankfurt el 16?

— Pues, sí.

— ¿Me puedes mirar la hora? Porque sé que llega sobre la una, pero no estoy seguro.

— A la una y media.

— Pues, ya, de paso, ¿por qué no me dices el número de vuelo?

Me dio los datos que le pedí y reservé un asiento en el mismo avión en que ella volvía a Barcelona.

— Y, ahora —le dije a la chica de la agencia— vamos a montar mi viaje por Alemania.

Reservé un vuelo hasta allí y alquilé un coche para moverme a mi aire. Como no sé alemán, pensé que me entendería muy bien.

Un día, antes de marcharme, ella me llamó desde Tailandia:

— ¿Qué tal estás?

— Pues nada, aquí, pensando en ti.

— ¿Y te vas de vacaciones?

— Sí, al Senegal.

— Ah, bueno, pues ya nos veremos cuando vuelvas tú, ¿no?

**FLOREN:** Que va. No me dijiste que te irías al Senegal. Me dijiste que vendrías a recogerme con bombo y platillo. Y yo me asusté. Le dije a mi sobrina:

— Ay, verás tú, éste igual me monta un show en el aeropuerto de Barcelona, y qué vergüenza.

Me empecé a agobiar un poco. Y mi sobrina me dijo:

— Anda mujer, es que vendrá con tus hijos a buscarte o algo.

Y así quedó la historia.

**JOSÉ:** Yo estuve por el sur de Alemania. Hice una ruta por Múnich, parte de Suiza y todo eso. Y llegó el día D, en Frankfurt, a la hora determinada.

No sé si conoces el aeropuerto de Frankfurt. Aquello es enorme.

**FLOREN:** Pero, ¡enorme!

Ahora te explico mi versión.

Llegué a Frankfurt a las siete de la mañana, destrozada de tantas horas de vuelo. Estábamos muertas, reventadas, y el avión no salía hasta el mediodía. Y pensamos: ¿qué vamos a hacer en el aeropuerto tanto tiempo? Y decidimos irnos a ver Frankfurt.

Pero teníamos un problema: que no podíamos coger las tarjetas de embarque para salir del aeropuerto tranquilas, porque los mostradores estaban cerrados.

Lo comentábamos precisamente junto a un mostrador y, de repente, el chico que estaba allí, uniformado, escuchándonos, se puso a charlar con nosotras. Nos dijo que era de Vic y abrió el mostrador, que estaba cerrado, para hacernos las tarjetas y darnos los asientos.

Y nos fuimos a la ciudad. Desayunamos, paseamos...

**JOSÉ:** Y llegué yo a aquel aeropuerto que no se acababa nunca. Pensé, bueno, ahora lo tengo mal para encontrarlas.

**FLOREN:** Evidentemente. ¡Si no estábamos!

**JOSÉ:** Yo llegué hacia las ocho y me fui hacia la puerta de embarque. Al principio, me senté a esperar, después comencé a dar vueltas por aquel aeropuerto, y volví a la sala, porque por allí tenían que pasar a la fuerza. Cuando abrieron el mostrador para embarcar las maletas, fui el primero de la cola. Y me preguntaron:

— ¿Fumador o no fumador?

Dije:

— Lo que yo quiero es un asiento al lado de una señora que se llama Floren Ballester, si es que es posible.

La señorita miró en el ordenador y, como ella estaba inscrita desde las siete de la mañana, pues, apareció su nombre.

— Ah, ya está en Frankfurt —dije.

Me dio un asiento junto a ella y cogí la tarjeta de embarque. Y, hala, a dar más vueltas por aquella sala. Yo continuaba pensando en todo lo que podría haber sucedido durante esos días, en que hubiera conocido a otro hombre y que apareciera con él o cualquier historia.

Pero la vi junto a una chica joven que, claro, debía de ser su sobrina, sentadas allí, junto a la puerta de embarque. Entonces me camuflé, con gafas de sol y un gorro y me dirigí hacia ellas.

**FLOREN:** Yo lo vi venir y le dije a mi sobrina:

— Oye, aquel de allí parece José.

Pero, aquello, sin pensar. Y me lo quedé mirando: pero si yo diría que es José. Él se acercaba y me sonreía. Y mi sobrina, que me ve perpleja:

— Pero, ¿qué te pasa?

— Que es él.

— Pues levántate.

No podía. No me lo esperaba.

**JOSÉ:** Y me dice ella:

— ¿Qué haces aquí?

— Pues nada, que he venido a buscarte.

Y, entonces, su sobrina, una chica muy maja, me dice:

— Bueno, ahora tendré que dejarte mi asiento, para que estés a su lado.

— No hace falta —respondí yo con aire de interesante—, ya tengo asiento a vuestro lado.

**FLOREN:** Sí. Si él se lo montó muy bien para ligar conmigo: Que si me gusta el deporte, que si me gusta el baile, que te vengo a buscar a Frankfurt... Pero luego me estafó. Ni deporte, ni baile, ni nada.

**JOSÉ:** Pero ahora vendrá una verbena, y ya verás, ya, la clase de tango que le voy a dar. Porque ella se queja mucho, pero, luego, no se acuerda de las clases, no se acuerda en absoluto de los pasos.